

S. LUIS REY

APUNTES DE UN REPORTER



ZACATECAS.

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE N. ESPINOSA.

MDCCCXCIII

V2775

49

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY

BV2775
S49

0008

S. LUIS REY

APUNTES DE UN REPORTER

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ



BIBLIOTECA CENTRAL
U.A.N.L.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
ZACATECAS

IMPRESA Y LITOGRAFIA DE N. ESPINOSA

M D C C X C I I I

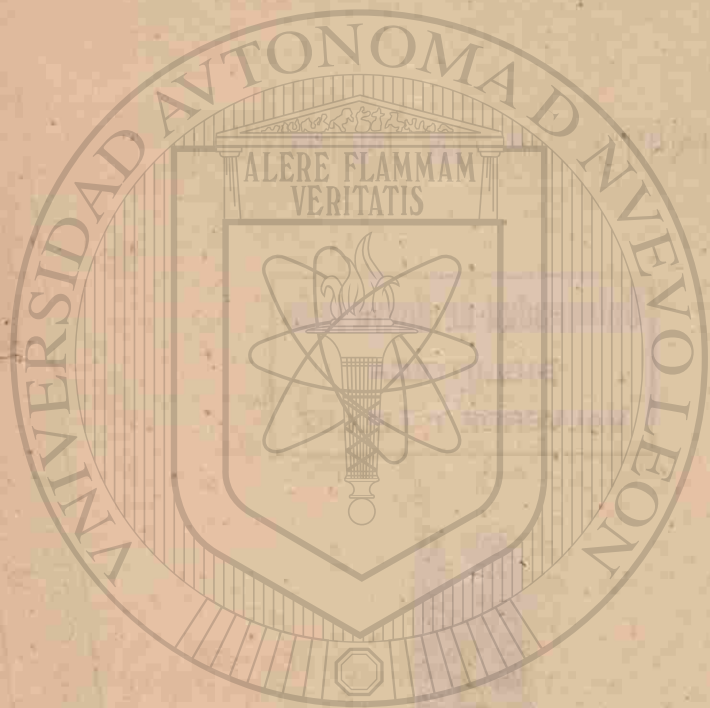
038538

BV2775

S49



1080015261



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

802880



I. Los preparativos

ES el día 9 de Mayo de 1893. El cielo está cubierto. Una niebla densísima descendiendo desde lo más alto de la sierra de S. Gabriel, oculta todo á los ojos del viajero, que velozmente es conducido por rápida locomotora, desde México hasta el país clásico de los placeres de oro. El sol, rasgando á trechos el velo nimbooso que le cubre, deja ver, á la derecha del observador, las nevadas cimas del monte S. Francisco, y á la izquierda la arenosa y árida extensión de los desiertos de Arizona. El viento fresco del noroeste sopla con violencia; mas la locomotora aligera, despreciando la violencia del viento, parece adelantársele, bramando airada en presencia de su competidor. A su paso hasta el suelo mismo se apresura á cambiar de aspecto; y todo es entrar en los límites de la alta California para que en la naturaleza entera se verifique una sorprendente transformación. El viento cesa; la temperatura, de glacial que era, hace apenas sentir un fresco agradable; la bruma se convierte en transparente tul que no tardarán en disipar los rayos del sol, y la aridez del suelo, tan triste y repugnante, va

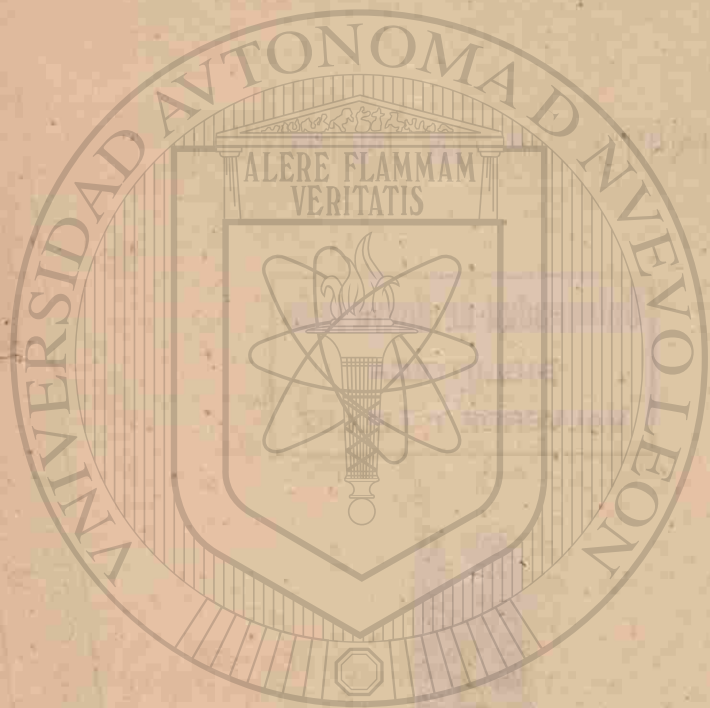
000832

BV2775

S49



1080015261



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

802880



I. Los preparativos

ES el día 9 de Mayo de 1893. El cielo está cubierto. Una niebla densísima descendiendo desde lo más alto de la sierra de S. Gabriel, oculta todo á los ojos del viajero, que velozmente es conducido por rápida locomotora, desde México hasta el país clásico de los placeres de oro. El sol, rasgando á trechos el velo nimbooso que le cubre, deja ver, á la derecha del observador, las nevadas cimas del monte S. Francisco, y á la izquierda la arenosa y árida extensión de los desiertos de Arizona. El viento fresco del noroeste sopla con violencia; mas la locomotora aligera, despreciando la violencia del viento, parece adelantársele, bramando airada en presencia de su competidor. A su paso hasta el suelo mismo se apresura á cambiar de aspecto; y todo es entrar en los límites de la alta California para que en la naturaleza entera se verifique una sorprendente transformación. El viento cesa; la temperatura, de glacial que era, hace apenas sentir un fresco agradable; la bruma se convierte en transparente tul que no tardarán en disipar los rayos del sol, y la aridez del suelo, tan triste y repugnante, va

000832

dando lugar poco á poco á una vegetación cada vez más rica á medida que el vaporoso tren va acercándose á la populosa ciudad de los Ángeles.

Son las diez de la mañana, hora en que el equilear de la campana de la máquina de vapor anuncia su llegada á los Ángeles; y descendiendo de ella una turba numerosa de viajeros, nueve de ellos se dirigen al hotel Arcade, para ir á reparar las fuerzas perdidas durante un viaje de cinco días en que quizá tuvieron que sufrir algunas privaciones y desvelos. Á su paso, fijanse en ellos todas las miradas; todos con interés preguntan quienes son aquellos extranjeros y pronto circula de boca en boca el rumor de que esos viajeros son unos misioneros mexicanos, que desde Zacatecas han venido á la alta California con la noble consigna de fundar un colegio en la antigua misión de S. Luis Rey, con el doble objeto de restaurar ese establecimiento é impedir que desaparezca para siempre el célebre y venerado Colegio de Guadalupe al descender á la tumba el último de sus preciosos vástagos.

El pueblo de los Estados Unidos, como que es un gran pueblo, acoge con entusiasmo todo lo que es grande y tributa su admiración y su respeto á todo aquello que, asimilándosele, viene á dar ensanche á su prosperidad y á su engrandecimiento. El pensamiento de restaurar las antiguas misiones de la alta California no puede ser fríamente considerado por una nación ávida del acrecentamiento progresivo del número de sus habitantes; así es que la llegada de los misioneros zacatecanos, á una de las ciudades más florecientes de los estados de Occidente, fué celebrada del modo con que aquel pueblo acostumbra solemnizar los acontecimientos faustos. El telégrafo difundió la noticia con rapidez en un radio de centenares de leguas; las empresas ferrocarrileras inventaron viajes de recreo con gran rebaja de precios de pasaje, y mil y mil curiosos en más de cien leguas á la redonda, se apresuran á abandonar sus hogares para venir al condado de S. Diego á presenciar uno de los acontecimientos más memorables en los fastos de las dilatadas playas del Pacífico.

II. La salida.

La ciudad de los Ángeles es una encantadora ciudad. Sus calles son rectas y espaciosas. Sus edificios magníficos, casi todos tienen vestíbulos elegantes, que sirven de veranda, estando abolido casi por completo el uso de patios interiores y hasta las casas de las familias menos acomodadas ostentan en su exterior la felicidad y el bienestar que rebosan de adentro, ya que no hay fachada, por modesta que pueda ser, que no esté adornada con graciosas enramadas de enredaderas ó con bellísimas y exquisitas flores, que penden en festones. Y si el interior de la ciudad es tan bello, sus alrededores son pintorescos con una variedad casi sin límites. Hermosas quintas, soberbias fábricas, espaciosos jardines y parques, bosques de frutales, colinas cubiertas de cipreses enanos, de abetos ó de cedros y extensísimos prados donde pacen numerosos ganados, forman el marco donde queda como engastada la ciudad, llena de vida y movimiento, llena de ese titánico vigor del cual es la expresión más propia el bramido penetrante y prolongado que lanzan á su vez las eíen locomotoras que se cruzan por todas sus calles á cada instante, arrastrando enormes trenes de donde se derraman, á manera de gigantescos hormigueros, millares de hombres cargados de mercaderías.

Nuestros misioneros descienden de su alojamiento y atravesando la ciudad casi en toda su longitud, encaminanse al palacio episcopal para tributar sus respetos al virtuoso y digno más que ilustre Obispo de los Ángeles, que en su bondad y benevolencia no ha esquivado tender una mano amiga á los infortunados exelaustrados de Zacatecas, haciéndoles dueños de cincuenta y tres acres de terreno muy fértil, encomendando á su cuidado una selecta porción del rebaño de Jesucristo, que él mismo conduce á los pastos eternos, y dándoles lugar preferente en su estimación. Ni era menos de esperar del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Francisco Mora, Obispo dignísimo de Monterey y de los Ángeles y cuarto sucesor

del Ilmo. Sr. García Diego, cuyo nombre es una de las glorias del Colegio de Guadalupe.

El Sr. Mora está siempre acompañado de su secretario, eclesiástico joven, de exterior amable y simpático; dotado de virtud y de ciencia y en todo adecuado á las arduas funciones que ejerce; llámase el Pbro. D. Guillermo Dye. La respetable personalidad del Señor Pbro. D. Joaquín Adán figura también cerca del Sr. Obispo Mora en calidad de Vicario general de la Diócesis. Es una persona muy afable, á quien adorna toda la figura de un cumplido caballero, con el tacto exquisito y la penetración certera del hombre de gobierno, sobre cuyos hombros descansa toda la confianza del Prelado. Barcelonez de origen, tiene ese despejo propio de su raza con la energía que siempre caracterizó á los catalanes. No hallándose en casa, visitó por la noche á los misioneros en su alojamiento, y aceptó complaciente la invitación que estos le hicieron de celebrar como Pröste en la solemne misa que habrá de cantarse el día 12 próximo, señalado para la fiesta de inauguración de la casa Noviciado de S. Luis Rey.

III. En marcha.

A las ocho y treinta minutos de la mañana del día 10, emprenden los misioneros su marcha de los Angeles á S. Luis Rey. Un siglo antes los humildes trapenses salían de Francia desterrados y perseguidos por la furia revolucionaria para ir á establecerse en el Valle Santo entre las ruinas de una antigua abadía, que el trabajo y la constancia de los solitarios transformaron más tarde, de páramo yermo y agreste, que era, en una mansión del Paraíso cristiano. El camino que hoy van á recorrer los misioneros sin ser tan uniformemente bello como el que á su espalda dejan, no carece de encantos, sobre todo para el alma que se sumerge en la contemplación de lo pasado. ¡Cuántos recuerdos de antigua gloria franciscana surgen á cada paso de esos sitios por donde atraviesa el ferreo vehículo en su veloz carrera! Aquí, entre campos de gualda, corre el río de la *Porcuñeula* de orien-

te á occidente para ir á mezclar sus dulces y cristalinas aguas con las salobres del Pacífico. A la izquierda queda la áspera sierra de *S. Gabriel*, regada en otro tiempo con la sangre de un mártir franciscano. Más adelante se escapan rápidamente á la vista extensísimas selvas de nogales, con su verde brillante de esmeralda. En seguida espesos bosques de naranjos, cubiertos todavía con sus dorados frutos, vienen á anunciarnos la proximidad del delicioso pueblo de Orange, donde las brisas llevan á larga distancia el aroma que despide el azahar. Viene después la misión de S. Juan Capistrano, con sus célebres ruinas, con sus grandes viñedos, plantados en otro tiempo por la mano del misionero franciscano, y conservados hoy por la codicia del vinicultor. Desdea quí comienza á descubrirse el Océano Pacífico, ese mar imagen de la eternidad, inmenso, profundo y sin límites visibles á los ojos del espectador. Un terreno árido y salino sigue á lo largo de la playa. Profundas grietas se ven de trecho en trecho por donde se precipitan en el mar las aguas pluviales formando impetuosos torrentes, hasta que pasando por una garganta de montañas de poca elevación, se llega, cuando menos se esperaba, al reducido pero gracioso pueblecito de Oceanside. En ninguna parte más que en este pueblo se echa de ver tan á primera vista el alto grado de ilustración y cultura á que ha llegado la sociedad en la gran república de Washington. El censo á duras penas podrá llegar á cuatro ó seiscientos vecinos, y, sin embargo, hay allí todos los elementos bien sostenidos de un gran centro de población. Escuelas, colegio, templos, teatro, boticas, almacenes, cajones de lujo, mercerías abastecidas de objetos de cristal y porcelana, hoteles, cafes, una magnífica estación, telégrafos, aduana, administración de correos y un hospital: hé aquí todo lo que la humana previsión ha podido reunir en el que quizá habría razón para llamarle el pueblo más pequeño del mundo. Bien es verdad que en su origen se creyó que este sitio sería llamado á representar un papel de importancia en la línea que recorre el ferrocarril orillas del Pacífico; pero sin haber llegado á la altura que se pretendía, ocupa con verdad un lugar

honrosamente excepcional entre los cortijos de su especie. Allí llegaron los misioneros á las once y quince minutos de la mañana y poco después se disponían á recorrer el corto espacio de cuatro millas que de allí dista S. Luis Rey, punto final de la presente excursión.

IV. La nueva casa.

Rompe la carretera de Oceanside á San Luis Rey retoreciéndose por entre unos paredones formados por grandes conglomerados de terreno de acarreo depositados por las corrientes diluvianas á manera de grandes masas que dominan la extensa llanura, donde en el centro de dilatados sembrados de trigo, cebada, habena y otras plantas forrajeras, se elevan majestuosas las ruinas de una antigua misión. La cúpula y el campanario de la iglesia descuellan sobre todas las otras construcciones. Elévanse al lado de ella y juntándose en ángulo recto dos larguísimas series de arcos, que debieron ser en tiempos lejanos los corredores de un gran patio interior, á manera de claustro. Todo allí respira desolación; todo allí revela la caducidad de las humanas empresas. Y sin embargo, es hoy el punto objetivo á donde unos pobres religiosos, después de las vicisitudes de treinta años pasados en la exclaustración, dirigen sus miradas, concentran sus esfuerzos, como el náufrago que impelido por las olas de un mar embravecido, abraza estrechamente la roca solitaria y salvadora que la divina Providencia le depara. Frente á esas ruinas elévase una pequeña casa de madera, recientemente construida. Habítanla dos religiosos, anciano el uno y encanecido en la virtud y el sufrimiento, y gozando el otro de una vigorosa virilidad que le mantiene activo y diligente en sus empresas, constante en el trabajo, fiel á su seráfica vocación, y que según el texto sagrado es del número de aquellos varones esclarecidos que pueden emplearse en la salvación de los restos dispersos de la casa de Israel. Ambos llevan vestido el hábito que distingue á los hijos del Serafín de Asís, y ambos rebotando de júbilo inefable salen á la puerta de su humilde habitación para recibir en ella á

sus compañeros, que gozosos también, dan y reciben el ósculo paz, entrando en seguida á tomar parte en las santas tareas de su empresa regeneradora. Al atravesar por un pasillo estrecho, llámales la atención una puerta pequeña por la cual penetran á un modesto oratorio. La Majestad divina, envuelta en los accidentes sacramentales, se oculta allí, en un altar tan pobre que arranca lágrimas á aquellos que en tiempos no distantes presenciaron las pompas solemnes con que se tributaba al Señor el culto debido en la opulenta Zacatecas. Después de una corta oración, los huéspedes son introducidos al refectorio, donde se les sirve cariñosamente el pan de la hospitalidad. En seguida van á recorrer todo el edificio, que consiste de dos pisos, con aposentos pobremente amueblados, pero suficientes á abastecerles en sus pequeñas necesidades y á cubrirles contra la intemperie. El día once le han pasado en prepararse para la fiesta de inauguración, que va á tener lugar el día siguiente. Un órgano excelente acaba de recibirse y el que esto escribe, está oyendo desde su pobre celda las místicas armonías, de ese instrumento, que parece haber sido inventado por los ángeles para acompañar los cánticos sagrados de mil y mil corazones que alaban y bendicen á su Creador.

V. La inauguración.

Llega por fin el tan suspirado día 12 de Mayo de 1893. La pequeña colonia de San Luis Rey entra en movimiento desusado. Desde muy temprano por la mañana grupos de personas, vestidas de gala, de todo sexo, de toda edad y condición, atisban desde la puerta del templo, ó se pasean á corta distancia por la campiña que le rodea. La alegría se dibuja en todos los semblantes. Todos se dan anticipadamente la enhorabuena por el fausto acontecimiento que da motivo á la general expectación, y seis fotógrafos aprestan sus reproductores aparatos. A eso de las nueve de la mañana una larguísima serie de carruajes ocupa el camino de Oceanside á San Luis Rey, rompiendo la marcha el que ocupa el Ilmo. Sr. Obispo de los Ángeles Dr. D. Francisco Mora, acompañado de su Vicario general, el Sr. D.

8
honrosamente excepcional entre los cortijos de su especie. Allí llegaron los misioneros á las once y quince minutos de la mañana y poco después se disponían á recorrer el corto espacio de cuatro millas que de allí dista S. Luis Rey, punto final de la presente excursión.

IV. La nueva casa.

Rompe la carretera de Oceanside á San Luis Rey retoreciéndose por entre unos paredones formados por grandes conglomerados de terreno de acarreo depositados por las corrientes diluvianas á manera de grandes masas que dominan la extensa llanura, donde en el centro de dilatados sembrados de trigo, cebada, habena y otras plantas forrajeras, se elevan majestuosas las ruinas de una antigua misión. La cúpula y el campanario de la iglesia descuellan sobre todas las otras construcciones. Elévanse al lado de ella y juntándose en ángulo recto dos larguísimas series de arcos, que debieron ser en tiempos lejanos los corredores de un gran patio interior, á manera de claustro. Todo allí respira desolación; todo allí revela la caducidad de las humanas empresas. Y sin embargo, es hoy el punto objetivo á donde unos pobres religiosos, después de las vicisitudes de treinta años pasados en la exclaustración, dirigen sus miradas, concentran sus esfuerzos, como el náufrago que impelido por las olas de un mar embravecido, abraza estrechamente la roca solitaria y salvadora que la divina Providencia le depara. Frente á esas ruinas elévase una pequeña casa de madera, recientemente construida. Habítanla dos religiosos, anciano el uno y encanecido en la virtud y el sufrimiento, y gozando el otro de una vigorosa virilidad que le mantiene activo y diligente en sus empresas, constante en el trabajo, fiel á su seráfica vocación, y que según el texto sagrado es del número de aquellos varones esclarecidos que pueden emplearse en la salvación de los restos dispersos de la casa de Israel. Ambos llevan vestido el hábito que distingue á los hijos del Serafín de Asís, y ambos rebotando de júbilo inefable salen á la puerta de su humilde habitación para recibir en ella á

9
sus compañeros, que gozosos también, dan y reciben el ósculo paz, entrando en seguida á tomar parte en las santas tareas de su empresa regeneradora. Al atravesar por un pasillo estrecho, llámales la atención una puerta pequeña por la cual penetran á un modesto oratorio. La Majestad divina, envuelta en los accidentes sacramentales, se oculta allí, en un altar tan pobre que arranca lágrimas á aquellos que en tiempos no distantes presenciaron las pompas solemnes con que se tributaba al Señor el culto debido en la opulenta Zacatecas. Después de una corta oración, los huéspedes son introducidos al refectorio, donde se les sirve cariñosamente el pan de la hospitalidad. En seguida van á recorrer todo el edificio, que consiste de dos pisos, con aposentos pobremente amueblados, pero suficientes á abastecerles en sus pequeñas necesidades y á cubrirles contra la intemperie. El día once le han pasado en prepararse para la fiesta de inauguración, que va á tener lugar el día siguiente. Un órgano excelente acaba de recibirse y el que esto escribe, está oyendo desde su pobre celda las místicas armonías, de ese instrumento, que parece haber sido inventado por los ángeles para acompañar los cánticos sagrados de mil y mil corazones que alaban y bendicen á su Creador.

V. La inauguración.

Llega por fin el tan suspirado día 12 de Mayo de 1893. La pequeña colonia de San Luis Rey entra en movimiento desusado. Desde muy temprano por la mañana grupos de personas, vestidas de gala, de todo sexo, de toda edad y condición, atisban desde la puerta del templo, ó se pasean á corta distancia por la campiña que le rodea. La alegría se dibuja en todos los semblantes. Todos se dan anticipadamente la enhorabuena por el fausto acontecimiento que da motivo á la general expectación, y seis fotógrafos aprestan sus reproductores aparatos. A eso de las nueve de la mañana una larguísima serie de carruajes ocupa el camino de Oceanside á San Luis Rey, rompiendo la marcha el que ocupa el Ilmo. Sr. Obispo de los Ángeles Dr. D. Francisco Mora, acompañado de su Vicario general, el Sr. D.

Joaquín Adán, y de su simpático secretario el joven eclesiástico D. Luis Guillermo Dye, de quienes ya hemos hablado en otro lugar, y que ahora son recibidos de una manera modesta, sí, pero afectuosa, por los nuevos habitantes de la antigua misión. Van llegando en seguida numerosas familias de las más notables de la Alta California y á medida que llegan se apresuran á entrar en el templo para poder situarse convenientemente. Suenan por fin la argentina campana de la misión anunciando que la fiesta va á dar principio. El júbilo y regocijo general suben de punto. El Prelado sale de la casa precedido de la Comunidad naciente; rompen la marcha los novicios; siguen los profesos y los sacerdotes; una numerosísima concurrencia de señoras y de caballeros forman valla; la procesión penetra en la iglesia, y la orquesta y el órgano acompañan el himno sacro que entonan en el coro cien cristianas voces. ¡Cuán poética austeridad respira todo en el recinto sagrado! Ni ricas colgaduras, ni vistosos gallardetes, ni olorosas flores, ni aromáticos pebetes, ni mullidas alfombras, ni ricos ornamentos, ni vasos de oro y plata, ni candeleros de cristal, ni..... nada de lo que en los antiguos pueblos católicos constituye la magnificencia del culto que se tributa al Señor de todo lo creado, nada de eso hay aquí, donde el murelago y la corneja pacíficamente han habitado por más de cuarenta años. Las paredes sucias por la lluvia que ha penetrado por los techos rotos; la cúpula abierta y desgajada; los altares desmantelados y como avergonzándose de contener en sus nichos estatuas mutiladas, que en otro tiempo fueron objeto de los cristianos cultos; el pavimento polvoriento y suelto..... todo, todo revela dolorosamente vicisitudes por las cuales ha tenido que atravesar ésta en otro tiempo floreciente casa del Señor. ¿Y es este el santo lugar donde dentro de breves instantes va á descender toda la majestad del Dios de los ejércitos á la potente voz del sacerdote? ¡Dios mío! el que te niegue en medio del esplendor y la grandeza no podrá menos de confesarte en el anonadamiento á que hoy te somete tu amor á los mortales. En efecto; el sacerdote, adornado con pobres vestiduras, se presen-

ta en el altar; modestos levitas le acompañan; el pontífice asiste, vestido también humildemente, pensando tal vez en el contraste que formaría una mitra de oro con el pobre aparejo que descubren sus ojos por doquiera. Ya comienza la misa..... Pero aguardad..... Suaves armonías resuenan en la parte alta del templo. El órgano y la orquesta acompañan los dulcísimos acentos de voces que parecen del cielo. El Sr. Meligan da muestras de habilidad no común al pasar diestramente sus dedos sobre el teclado y su hermosa voz de bajo sostenido sobresale entre los bajos más profundos del mismo órgano. La Srita. Benicia Lyons, *soprano assoluto*, sube con facilidad á notas agudísimas sin menoscabo de su voz de ángel; la Srita. Merrick la sigue muy de cerca con acento argentino y la voz de contralto de la Srita. Hilb, tierna y modulada, imita los trinos del ruiseñor de América, mientras la voz de tenor de fuerza del Sr. Bailey viene á darle vigor á la armonía, haciendo en ella el mismo efecto que en la pintura hace, traído con maestría y oportunidad el claro oscuro. El distinguido clarinetista Sr. Helb, los afamados violinistas Sr. Heilg y Sr. Upvoil, no menos que el acreditado contrabajista Sr. Andersen, puede decirse que se han excedido á sí mismos. La pieza ejecutada fué una de las mejores y más hermosas misas de Peters, y no hay para que decir que en ella, como en toda música de gusto anglo-sajón, predomina la armonía solemne y majestuosa á la melodía dulce y apacible que tanto se acomoda al gusto filarmónico de los pueblos neolatinos. Al terminar el Evangelio, que cantó el Sr. Secretario Dye, el R. P. Malabehar ocupó la cátedra y pronunció un elocuente discurso, sirviéndole de texto aquellas palabras que se leen en el capítulo XX, versículos 41-42, de la profecía de Ezequiel y cuyo sentido es: "*Por eso os he entresacado de todos los pueblos; para que me pertenezcáis y seáis santos, ofreciéndome incienso y sacrificios por vosotros y por vuestros padres.*" Ardua y difícil tarea hubiera sido la de seguir al orador paso á paso para dar al que esto leyere alguna idea tal cual adecuada de la pieza oratoria que nos ocupa, y la justa celebridad del orador y lo sabido que es como fluyen de

sus labios las palabras á modo de un torrente impetuoso en el cual sería dificultoso por demás intentar recoger en el hueco de la mano tan solamente algunas gotas de agua, nos ponen á cubierto de acometer una empresa en que no podríamos menos de quedar deslucidos. Diremos solamente que con elocuencia sublime trazó en su exordio rasgos notables, parodiando con oportunidad algunos pasajes bíblicos referentes á David, á Salomón y á los tres niños en el horno de Babilonia. Manifestó de una manera tierna y patética su gratitud al Señor, por haberse dignado elegir á los religiosos de Guadalupe para venir á este santo lugar, y al Ilmo. Sr. Obispo de los Angeles por la benevolencia con que se ha dignado dispensarles favorable acogida. Sentó que la misión de esos religiosos era la de venir á ofrecer sacrificios; que el asunto que le ocupaba era grandioso y que las fuerzas del orador no alcanzaban á tratarle convenientemente. Profundas reflexiones filosóficas hizo en seguida sobre lo precario y fugaz de nuestra existencia deleznable; y trayendo á cuento con oportunidad feliz el doloroso recuerdo de la exclaustación de los religiosos de Guadalupe, estableció un paralelo entre los padecimientos á ellos ocasionados por ese acto violento é injustificable durante más de treinta años, y los prodigios obrados en tiempo de Faraón, cuando este tirano vejaba de todos modos y oprimía tenazmente al pueblo escogido. "No nos era lícito, exclamaba el orador con sentido acento, no nos era lícito ni entonar cánticos de alabanza á nuestro Dios, y hemos tenido que comer, mojado de nuestras propias lágrimas, el amargo pan del desterrado." "¿Qué merito, pues, hemos tenido, añadía poco después, para ser llamados á este lugar santo?" y dirigiéndose luego á sus religiosos compañeros, exhortóles á esforzarse por imitar al infatigable Zorobabel en la ardua empresa de reedificar el santuario, terminando el discurso con una paráfrasis bien sostenida de la conmovedora y fervida oración que Salomón hizo á Dios al dedicarle el templo de Jerusalén. Al fin de la misa el Pontífice dió al pueblo solemnemente la bendición y acto continuo el R. P. Secretario general dió lectura á los documentos por donde

consta de la canonicidad de la fundación y á la narración auténtica de todo lo actuado en la erección del nuevo Noviciado y en la instalación de la comunidad sucesora del célebre Colegio de Guadalupe de Zacatecas

VI. Consumatum est!.....

Al terminar la misa cuatro gallardos jóvenes están arrodillados al pié del altar. En forma de cruz y cubierto de gayas flores cada uno tiene delante de sí el hábito ceniciento del misionero. A la derecha el superior con ademán austero, teniendo junto á sí una pequeña mesa, donde se vé un crucifijo y dos velas encendidas de blanca cera, les aguarda. A la izquierda el venerable pontífice, acompañado de dos dignatarios y sentado bajo pobre dosel, les mira con amor. A la espalda un pueblo numeroso, ávido y lleno de admiración les contempla. Angélicas voces entonan en el coro un himno al Espíritu Santo, pidiéndole que descienda desde lo alto del cielo, y que en forma de vívida llama de fuego consuma el holocausto que en aras de la religión van á ofrecer como primicias aquellos virtuosos mancebos.

Después del himno sigue un religioso silencio. El superior se levanta de su asiento y con voz fuerte y bien timbrada entona esta oración: "Oh Dios, que á los que de las vanidades del siglo has convertido, les das ánimo con una vocación que viene de lo alto, y que á los que han renunciado á este mundo les preparas gloriosa mansión en los cielos: dilata los corazones de estos tus siervos con dones celestiales, para que con nosotros vivan unidos como hermanos en caridad, unánimes, constantes, sobrios, simples y tranquilos; para que guarden lo establecido por nuestros Padres Santos, y lleguen á obtener con tu auxilio, aquel espíritu de perfección que por inspiración tuya han concebido." En seguida vistiéndoles el humilde hábito va diciendo á cada uno: "Desnúdete el Señor del hombre viejo; revístate del hombre nuevo,

Universidad de Nuevo León

BIBLIOTECA

VALVERDE Y TELLEZ

que ha sido creado según Dios, en justicia y en santidad de verdad" Al ponerles la capucha: "Pon, oh Señor, el capuz de la salud en su cabeza, para que rechacen las sugerencias diabólicas." Al ceñirles la cuerda, les dice: "Cíñate el Señor con un cingulo de pureza, y extinga en tus lomos todo humor libidinoso, para que en tí viva de asiento la virtud de la continencia y de la castidad." Y por último; poniéndoles en la mano un cirio encendido, les dice: "Hermano mío querido, recibe la luz de Cristo en señal de la inmortalidad que te espera, para que muerto al mundo vivas para Dios sólo. Levántate de entre los muertos, y Cristo te alumbrará." A estas palabras, el Pontífice, levantándose de su asiento, va á dar un estrecho abrazo á los candidatos, imitándole todos los sacerdotes y religiosos presentes: luego entona con voz firme el himno eucarístico de San Agustín y San Ambrosio, que sigue el coro en gratas armonías hasta el fin, en que cantadas las últimas oraciones del ritual, todos vuelven procesionalmente á la nueva casa de la misión, presidiendo siempre el digno Prelado de los Ángeles.

Pronto también la concurrencia toda se disipa, y algunos minutos después todavía oyen de lejos, los que se retiran, las alegres notas del himno de *«dos desposados»*, que con tanta oportunidad hizo ejecutar por la orquesta el Sr. Meligan.

Tenia razón; ¡cuatro jóvenes acababan de celebrar sus desposorios con una esposa inmaculada: la RELIGIÓN!

Pico, propietario de grandes fábricas; D. Francisco Estudillo, rico agricultor; D. Francisco Moreno, capitalista millonario; D. Francisco Altamirano, hacendado, y otros, remitiendo á los lectores que deseen conocer pormenores más extensos á los interesantes artículos publicados en los Estados Unidos por el "The Examiner" de San Francisco de California, el "The Catholic Times" de Filadelfia y otras importantes publicaciones, que dan noticias de suma importancia acerca de la parte histórica del edificio de la antigua misión de San Luis Rey.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

VII. A última hora.

Hemos recibido una larga lista de personas notabilísimas de la sociedad norteamericana que concurrieron á la fiesta; mas no siéndonos posible copiarla toda por falta de espacio, nos limitamos á dar los nombres de las más distinguidas por su posición social; como son los Sres. D. Juan, D. Marcos y D. Fernando Foster, banqueros; D. Francisco

000832



UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

0000